

Graeber, David. (2015). *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia.* (Joan Andreano Weyland, Trad.). Barcelona: Ariel. 292 pp.



David Graeber parte en este libro de la observación del siguiente hecho: en los últimos 30 años ha tenido lugar un considerable incremento en el tiempo que un estadounidense pasa dedicado a actividades burocráticas, a la vez que la palabra “burocracia” decaía bruscamente en cuanto al número de menciones en libros escritos en inglés. Esta observación motiva la tesis fundamental de partida: si desde los años 80 nuestro interés teórico por la burocracia ha decaído bruscamente no ha sido porque haya perdido importancia sino, al contrario, porque se ha hecho absolutamente omnipresente, hasta el punto de aparecer como aproblemática. La burocracia se nos ha hecho imperceptible, no *a pesar de*, sino *precisamente por* su incremento en todas las dimensiones de la vida social. Esta primera paradoja permite la segunda, que ocupa toda la Introducción: la derecha ha desarrollado una crítica feroz contra la burocracia que ha inspirado la identificación tanto de la burocracia con la intervención del Estado, como la de democracia con libre mercado; la paradoja se da en que bajo esta crítica se ha impuesto una “era de la burocratización global” que incrementa la burocracia cuanto más se la rechaza. Graeber sitúa en los años 30, con el *New Deal* y el ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, un cambio cultural que provocó la identificación del burócrata con el funcionario de estado frente a un libre mercado que actúa más eficientemente cuanto menos le entorpezca la intervención estatal. Sin embargo, el autor denuncia que esta crítica de la burocracia vino acompañada de una radical burocratización del capitalismo y del escenario global, surgiendo las primeras instituciones burocráticas a escala planetaria, como el FMI, el Banco Mundial y el GATT. En palabras del autor: “Los estadounidenses pretendían administrar todo y a todos” (Graeber, 2015: 16).

Este análisis, que abre el libro a modo de Introducción, sienta las bases programáticas explícitas de lo que el autor propondrá como la crítica de la izquierda a la burocracia, articulada en tres partes como consecuencia de tres enseñanzas extraídas de la experiencia del autor en movimientos sociales como *Occupy Wall Street* o el Movimiento por la Justicia Global: “1. No subestime la importancia de la violencia física” (Ibíd., 34), “2. No sobreestime la importancia de la tecnología como factor causal” (Ibíd., 37) y “3. Recuerde que todo gira, en definitiva, alrededor del valor” (Ibíd., 39). Graeber sienta así su nota distintiva frente a otros autores, consecuentemente con su reproche a Slavoj Žizek, en 2008, como respuesta a la reseña de éste último al libro de Simon Critchley *Infinitely Demanding*: “¿Podemos imaginar a Žizek, incluso en sus fantasías, escuchando pacientemente las reivindicaciones de las asambleas directamente democráticas de El Alto?”¹: Graeber presenta este libro como fruto directo de su experiencia como militante. Esta desconfianza parcial hacia los académicos se hace explícita a la hora de tratar la cuestión de la violencia en el primer capítulo, donde hace la interesante afirmación de que, en las especialidades de antropología o crítica cultural, se tiende a confundir lo interesante con lo importante. El interés por la densidad simbólica y antropológica cuyo máximo exponente sería Clifford Geertz, con su célebre propuesta de la “descripción densa”, hace que la burocracia y la violencia les sean inaprehensibles a la filosofía política contemporánea: la burocracia es plana, transparente y manifiestamente aburrida, se resiste a todo intento de densificarla simbólicamente oponiendo su funcionalidad fría y máximamente operativa. Así como acepta que la violencia puede estar cargada de simbolismo, el autor afirma que cuando la teoría contemporánea se centra en esa dimensión simbólica, pierde la posibilidad de entender el modo en que violencia y burocracia se encuentran unidas.

Graeber hace notar el hecho de que la burocracia tiende a agolparse allí donde se da la violencia (actas de defunción, denuncias...), y esto porque la transparencia burocrática se corresponde con la dimensión no comunicativa de la violencia: la violencia se da como sustitución del diálogo y la comunicación. Así, la primera crítica de Graeber a la burocracia consiste

¹ Graeber, David: London Review of Books, vol. 30, n.1, 3 de Junio de 2008. (Versión online: <http://www.lrb.co.uk/v29/n22/slavoj-zizek/resistance-is-surrender>)

en denunciar que el sistema burocrático gestiona una situación de violencia estructural evitando la responsabilidad de comprender. El ejemplo dado por el autor es el *apartheid*, una situación en la que “la coacción y el papeleo sustituyeron en gran medida la necesidad de comprender a los ciudadanos africanos” (Ibíd., 68). Las situaciones de violencia estructural son situaciones en las que la disimetría en la capacidad de ejercer violencia (en un sentido estrictamente real, es decir, daño físico) sustituye al diálogo y la interpretación, lo que hace que la gestión de cualquier problema pueda relegarse al trámite burocrático ciego, sordo y mudo. La burocracia, respaldada por el monopolio de la violencia, es un modo de gestionar una situación estúpida sin preocuparse por interpretarla. Este análisis encauza la reflexión hacia la pregunta por la posibilidad de una “teoría general de la labor de interpretación” que postularía que el colectivo oprimido se ve obligado en todas las situaciones a hacer un esfuerzo interpretativo para comprender al opresor y a su propia opresión, mientras que el opresor que cuenta con el respaldo de la violencia puede vivir sin preocuparse por comprender al oprimido en ningún caso. Quizás una teoría como esta, precisamente por su adjetivo de “general”, exigiría una explicación de situaciones en las que la opresión se ha ejercido, precisamente, como una violencia interpretativa del opresor sobre el oprimido, como es el caso del diagnóstico de la histeria femenina.

319

Las últimas páginas del primer capítulo deciden recuperar un espíritu sesentayochista para la crítica de la izquierda a la burocracia, afirmando que la constante exigencia de “realismo” por parte de la derecha no esconde otra cosa que un conservadurismo hacia las relaciones de violencia estructural dadas, mientras que demanda para la izquierda el imperativo de la imaginación y “la petición de lo imposible” (Ibíd., 86). Lo que de naif pudiera tener esta propuesta por abstracta se concreta en la llamada a una forma de “imaginación inmanente” (Ibíd., 95), invocando a Marx para definirla como un modo no alienante de relacionarse con la realidad, es decir, buscar la constante reinterpretación del “estado de las cosas” propiciado por las relaciones de violencia estructural. La libertad existe, a la manera situacionista, en el momento de la revolución; una revolución entendida como la lucha por encontrar sentidos siempre nuevos para

superar el efecto violento y burocrático de la administración del sinsentido y la estupidez. Es esta tesis la que sin duda entronca a David Graeber con la teoría francesa que en más de una ocasión reivindica, reinterpretando a partir de ella términos de la tradición marxista. La propuesta anarquista de Graeber, que se concreta en el último capítulo, consiste en una llamada a la constante reinterpretación imaginativa.

El segundo capítulo es interesante por lo polémico de su tesis, a pesar de que no iguala al primero y al tercero en cuanto a densidad teórica. Fundamentalmente, parte de una interesante caracterización del posmodernismo como una sensibilidad *fin-de-siècle* causada por el desencanto ante los progresos de la tecnología, que a principios de siglo nos prometían coches voladores. Las promesas de la saga original de *La guerra de las galaxias* no se concretaron en lo real, sino en una segunda saga con mejores efectos especiales. Lo que se prometió como desarrollo tecnológico real se tradujo en un notable desarrollo de los efectos especiales y de la simulación. Así, “el momento ‘posmoderno’ era tan sólo un intento desesperado de tomar lo que de otra manera se sentiría como decepción y disfrazarlo de algo histórico, emocionante y nuevo”. La carrera espacial durante la Guerra Fría contribuyó a crear la impresión de que el XX era un siglo de rápidos avances, pero, según el autor, tan pronto como EEUU logró la hegemonía la inversión de capital para la investigación se dedicó exclusivamente al ejército y el ámbito universitario se cargó de un entramado burocrático sin precedentes que pretendía optimizar el progreso científico (fetichizando términos de creatividad, iniciativa y actitud emprendedora) pero que, de hecho, sólo lo entorpecía. Frente a la imagen que el sistema capitalista da de sí mismo como el único sistema que realmente promueve el desarrollo tecnológico y minimiza el trámite burocrático, Graeber afirma que ocurre al contrario. Así, compara el auge del ordenador con el desarrollo de las formas de automatismos industriales durante los siglos XVIII y XIX. Del mismo modo que estos avances “tuvieron el paradójico efecto de convertir a cada vez más personas del mundo en trabajadores a jornada completa, el software que debía librarnos de las responsabilidades administrativas [...] nos ha acabado convirtiendo en administradores a tiempo parcial o total” (Ibíd., 141).

El tercer capítulo explora la paradójica relación entre libertad y racionalidad para intentar comprender por qué, a pesar de las muchas dificultades que plantea la burocracia, seguimos amándola. Se opone, de entrada, a la interpretación de que el encanto de la burocracia radica en la comodidad de sus relaciones impersonales, y propone que ésta es en realidad un paradigma de racionalidad subordinada a medios diversos. La idea no es nueva, y se volverá más compleja en el cuarto epígrafe de este tercer capítulo. Sin embargo, de momento es interesante resaltar la genealogía que propone del servicio postal alemán como una base fundamental que posibilitó la unificación alemana. Graeber sugiere que el servicio postal es una tecnología de comunicaciones originalmente utilizada en el ejército que se extendió a la vida cotidiana por su espectacular eficacia, y la propone como un ejemplo de lo que llama “tecnologías poéticas”, esto es, tecnologías que ponen su eficacia fría y racional al servicio de fines sociales esencialmente múltiples. En definitiva, el autor afirma que la distinción entre la razón y el sentimiento se ve superada por una idea de racionalidad que ejemplifica mediante la cita de Hume: “La razón es, y debe ser, sólo esclava de las pasiones” (Ibíd., 164). Es decir, la eficacia del servicio postal y la burocracia se pone siempre al servicio de finalidades indeterminadas, permiten administrar eficazmente cualquier cosa con independencia de lo que esta cosa sea. En palabras del autor: “La idea principal de que uno puede hacer una división estricta entre medios y fines, entre hechos y valores, es un producto de la mentalidad burocrática, porque la burocracia es la primera y única institución social que trata los medios para hacer cosas como algo completamente separado de las cosas que hay que hacer” (Ibíd., 164). Graeber aprovecha esta reflexión para afirmar que todo proyecto político que eleve a la racionalidad como fin en sí, que considere que su postura política se basa en la racionalidad, está en realidad ocultando sus verdaderos fines o los valores que realmente lo mueven.

321

Graeber plantea la imagen romántica de la Edad Media forjada a partir del siglo XIX como una respuesta a la creciente burocratización del mundo, generando una ficción literaria que funcionaba como escapismo hacia un universo fantástico esencialmente anti-burocrático. Analiza cómo, de hecho, la única imagen de proyectos burocráticos o de administración

del mundo aparecen en dichas novelas como el proyecto del villano. Sin embargo, el efecto es siempre afirmar el estado de cosas dado: “los lectores lo disfrutaban como escapismo interpuesto y como confirmación de que, al fin y al cabo, un mundo aburrido y administrado es preferible a cualquier alternativa imaginable” (Ibíd., 184). Para evitar el constante estado de guerra de esas novelas, es necesario un orden administrativo. Posteriormente, la mención de los juegos de rol sirve al autor para afirmar que, en último término, el mundo fantástico ha sido burocratizado, lo que sirve de ejemplo de tecnología poética: “Los números son, en cierto sentido, una plataforma para alocadas hazañas de la imaginación, una especie de tecnología poética” (Ibíd., 187). Las tiradas de dados y las jerarquías de poderes terminan siendo la base de la imaginación.

Esta es la reflexión que permite el paso al cuarto epígrafe del tercer capítulo, que contiene la reflexión final sobre la libertad, tomando como hilo conductor la cuestión del juego. Aprovecha la diferenciación inglesa entre *to play* y *game* para afirmar que “el jugar” (*to play*) es libre y los juegos (*games*) son las bases exhaustivamente regladas sobre las que ese ejercicio de la libertad se concreta y se vuelve efectivo. La libre energía poética del jugar se convertiría en aleatoriedad sin reglas de juego. Sin embargo, Graeber pone el acento en la diferencia entre reglas implícitas y reglas explícitas, así como los problemas que surgen de querer explicitar las normas que antes sólo eran implícitas. Lo ejemplifica con lo que llama “el efecto libro de gramática” (Ibíd., 195). Cuando, a la hora de estudiar el lenguaje de una determinada comunidad, se tratan de explicitar las normas que lo rigen, se produce un efecto prescriptivo de fijación de unas reglas que antes eran lo suficientemente flexibles como para permitir ciertas variaciones. Graeber localiza una paradoja en la idea de libertad, que es “la tensión entre el libre acto de jugar de la creatividad humana contra las normas que está constantemente generando” (Ibíd., 197). La crítica fundamental a la burocracia que el autor extrae de esta paradoja consiste en afirmar que, si bien las estructuras burocráticas suelen generarse como estructuras neutrales que permiten hacer transparentes todos los procesos de decisión, garantizando la libertad de sus participantes, en última instancia estas estructuras sólo producen nuevas formas de dominación y

situaciones asimétricas de interpretación que limitan el poder de cambio del “jugar”. Es decir, que las burocracias “han creado una situación en la que la búsqueda de la libertad con respecto al poder arbitrario simplemente acaba produciendo más poder arbitrario, y en consecuencia las regulaciones asfixian la existencia” (Ibíd., 202).

Graeber denuncia, en definitiva, un ejercicio perverso de las burocracias que tienen el efecto ineludiblemente reaccionario de mantener las cosas como están. Así, en paralelo a un análisis sobre las tramas de las historias de superhéroes y, en concreto, de la última película de Batman de Christopher Nolan, analiza los movimientos sociales (en particular *Occupy Wall Street*, contemporáneo del estreno de dicha película) como el surgimiento del poder constituyente que siempre escapa a la ley en la medida en que la funda. Siguiendo las conocidas reflexiones de Walter Benjamin y Carl Schmitt sobre el poder constituyente, afirma que las tramas superheroicas son, como la burocracia, esencialmente reaccionarias en la medida en que su virtud consiste en enfrentarse a un villano revolucionario preservando el estado de cosas frente al poder arbitrario del libre juego. En concreto, analiza la figura del Joker como un villano sin proyecto, imagen del libre juego que actúa al margen de toda regulación. Las historias de superhéroes, así como la burocracia, encuentran el libre juego como una potencia únicamente destructiva. La conclusión de Graeber, entonces, es inequívoca: frente a un mundo globalizado, que no significa otra cosa más que globalmente burocratizado, los movimientos sociales y las iniciativas assemblearias de democracia directa aparecen como el poder constituyente, como la afirmación del libre jugar que pone en cuestión las reglas rígidas, frías y transparentes de la burocratización masiva.

Por IÑIGO PÉREZ IRIGOYEN
Universidad Complutense de Madrid

--

ipirigoyen@gmail.com